



El oro de Borges

La crítica yanqui lo compara, en su soledad intemporal, supuestamente indecisa entre lo europeo y lo vernáculo, con los pioneros decimonónicos de las letras norteamericanas.

Siendo muy pequeño, Borges leyó el Quijote..., pero en inglés. Para nadie es un misterio que "George" tuvo, en un principio, más familiaridad con la lengua de Shakespeare que con la de Quevedo. Como ha señalado en tantas ocasiones, no se crió en un arrietal de orillas desgarradas, sino en una biblioteca de infinitos libros ingleses. Borges, que acaso presentía el avance de su ceguera ancestral, fue un lector muy precoz; en esos años tiernos y solitarios realizó sus lecturas fundamentales, eligió a sus "precursores" y se produjo la extraña química que daría como resultado a Borges.

Algún biógrafo afirma con justicia que Borges pensaba en inglés y escribía en castellano. El inglés (como el francés) tiene hábitos verbales más distinguidos que los del castellano. La tradición de la prosa inglesa valora, por encima de todo, la claridad, la concisión y la exactitud. Un buen plumífero de Londres o Canberra ha de escribir en una prosa esencial, de provista de grasa y colesterol; una prosa

densa pero ligera, en que las palabras manifiesten la idea en vez de oscurecerla o adornarla. Borges tuvo la feliz ocurrencia de trasladar esos valores a la ferrugosa literatura castellana. El resultado estilístico sigue provocando perplejidad, admiración y envidia. En los años cuarenta, cuando Borges se sacaba de la manga prodigios como "Las ruinas circulares" o "El Aleph", los escritores de la península tocaban frascos como en el siglo de oro. El castellano siempre ha propendido al barroquismo, al ornamento, a la pesadez de un monstruo marino con indigestión; de ahí la importancia de Borges, que no sólo provocó una revolución estilística, sino que se convirtió el mismo en un antídoto contra los

excesos retóricos a los que, estimulados por Carpentier o el mismo García Márquez, aún nos entregamos.

Por estos días he leído (adornada por una traducción al inglés del crítico casi postumo "Ulrich", que en ese idioma produce la mágica sensación de un cuarteto interpretado con instrumentos desconocidos: un repertorio de artículos en torno a Borges publicados, alguna vez, por el New York Times. Sorprende constatar que en buena parte del mundo desarrollado George es un enigma mayor. Estudian sus procedimientos y sus hábitos, pero no su existencia. La crítica yanqui lo compara, en su soledad intemporal, supuestamente indecisa entre lo europeo y lo vernáculo, con los pioneros decimonónicos de las letras norteamericanas (Melville, Poe, etc.).

Prese al citamiento generalizado, la incompreensión no ha sido infrecuente en Latinoamérica, y aun la argentina. Ingenios desrepletos como nuestro Volodia todavía le reprochan su falta de "compromiso social" y abundan los señores que prodigan infidencias inútiles en biografías

que no importan pero que causan ruido. María Kodama insiste en publicar textos prematuros o apresurados que su marido, consciente del derecho de todo escritor a ser juzgado por su más clara página, hubiera preferido sepultar. Y algún crítico trasnochado repetirá que su obra es "literaria", como si esa palabra realmente significara algo en literatura.

Ahora que Sokal y Briemont han dejado al descubierto la charlatanería de tipos como Lacan y Baudrillard, y que sobre la filosofía y las ciencias sociales "duras" pesa la sospecha de impostura, comprendemos que Borges fue un iluminado al apreciar la obra de trólogos y filósofos excluidos por su valor literario (LAF).



de Simi (Cinco y setenta) Supl. Quince 2.2.2000 1992

El oro de Borges [artículo] LAM.

Libros y documentos

AUTORÍA

LAM

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El oro de Borges [artículo] LAM. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile